



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2014
Herwin Eduardo Cardona Quitián
**EL DIVINO NIÑO: COORDENADAS PARA LA COMPRENSIÓN DE LA INFANCIA EN LA
CONTEMPORANEIDAD**
Revista Affectio Societatis, Vol. 11, N.º 20, enero-junio de 2014
Art. # 2
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

EL DIVINO NIÑO: COORDENADAS PARA LA COMPRESIÓN DE LA INFANCIA EN LA CONTEMPORANEIDAD¹

Herwin Eduardo Cardona Quitián²
Universidad Santo Tomás, Colombia
herwincardona@ustadistancia.edu.co

Resumen

Las leyes sobre la infancia avanzan hacia un escenario en el que el niño no solo se convierte en centro de la sociedad, sino que además se hace intocable. Se trata de una condición de inclusión-excluyente. Aparece un tabú sobre el niño: no se le puede tocar, no se le puede regañar, no se le puede educar. La escuela es uno de los lugares en donde con mayor frecuencia evidenciamos estas problemáticas. ¿En qué momento se convierte el niño en el epicentro de la sociedad? ¿Tiene esto algún impacto sobre el lazo social y la cultura?

Palabras clave: niño, lazo social, infancia, contemporaneidad, inclusión-excluyente.

1 Este artículo de reflexión surge a partir de la investigación titulada: *El engranaje del discurso capitalista y sus efectos sobre el lazo social contemporáneo* (2012) desarrollada en la Maestría en Psicoanálisis, subjetividad y cultura de la Universidad Nacional de Colombia. Este análisis abre nuevas perspectivas para la comprensión de la infancia en la contemporaneidad.

2 Licenciado en Psicología y Pedagogía, Universidad Pedagógica Nacional (Colombia). Magíster en Psicoanálisis, subjetividad y cultura, Universidad Nacional de Colombia. Profesor de la Universidad Santo Tomás (VUAD), Colombia. Profesor de la Universidad de Cundinamarca (Colombia).

THE DIVINE INFANT: COORDINATES FOR THE UNDERSTANDING OF CHILDHOOD IN CONTEMPORANEITY

Abstract

The laws on children move toward a scenario in which the child not only becomes the center of society, but also becomes untouchable. It's an inclusion-exclusion condition. A taboo appears: the child cannot be touched, nor scolded, nor educated. School is one of the places where these problems most often take place. When does the child become the epicenter of society? Does this have any impact on social bonds and culture?

Keywords: child, social bonds, childhood, contemporaneity, inclusion-exclusion.

LE DIVIN ENFANT : REPÈRES POUR LA COMPREHÉNSION DE L'ENFANCE DANS LA CONTEMPORANÉITÉ

Résumé

Les lois pour la protection de l'enfance se développent de telle manière que l'enfant devient non seulement le centre de la société mais aussi intouchable. Il s'agit donc d'une inclusion-excluante. Un tabou à propos de l'enfant apparaît alors : on ne peut pas le toucher, on ne peut pas le fâcher, on ne peut pas l'éduquer. L'école est l'un des lieux où l'on peut constater ces problématiques le plus fréquemment. Quand l'enfant devient-il épicer de la société? Cela a-t-il un impact sur le lien social et la culture ?

Mots-clés : enfant, lien social, enfance, contemporanéité, inclusion-excluante.

Recibido: 10/08/13

Aprobado: 29/09/13

El Divino Niño

Cuando Simon llega con el refrigerio al salón de clase, lo primero que encuentra es a su maestra ahorcada. A lo largo de la película³, Simon se preguntará por qué razón la maestra se ahorcó en el salón, y si acaso pretendía que él fuera el primero en verla. El profesor Lazhar, inmigrante Argelino, llega a la escuela para hacerse cargo de este grupo de niños. Durante su trabajo como maestro sostendrá un interés por comprender las razones que llevaron a la maestra a suicidarse. Intenta realizar un ejercicio para que los niños hablen sobre lo sucedido a través de un texto libre. Simon, quien experimenta un intenso sentimiento de culpa, pareciera tener la respuesta para comprender el fatídico hecho. Finalmente, el profesor Lazhar descubre, gracias a Alice, compañera de clase de Simon, que días atrás había ocurrido un incidente entre el niño y la maestra. Al parecer la maestra había intentado alentar al niño con un abrazo luego de percibir que se encontraba triste. El niño se sintió intimidado y le dijo a su madre que la maestra había intentado besarlo. De inmediato la madre puso la queja en la escuela, por lo que la maestra fue amonestada. Aun cuando este no haya sido el motivo directo del suicidio de la maestra, el hecho de que haya cometido su acto en el salón de clase debería suscitar varios interrogantes: ¿será que la maestra señala con su acto la imposibilidad estructural de la educación? ¿O acaso interroga a la escuela frente a la exclusión del afecto en los lazos escolares?

Si bien la escuela debería ser aquel lugar en donde los afectos no entran, estos ingresan por otras vías. En la escuela tradicional, por ejemplo, así como el profesor podía castigar al niño, también tenía derecho a abrazarlo y, porque no, besarlo. Sin embargo, las tendencias de la escuela nueva,⁴ así como las leyes sobre la infancia, parecieran avanzar hacia un escenario en el que el niño no solo se convierte en centro, sino que además se hace intocable. Aparece así un tabú sobre el niño, de tal manera que no se le puede tocar, no se le puede regañar, no se le puede educar... No obstante, los niños siguen siendo enviados a la escuela, y por eso es allí donde con mayor frecuencia evidenciamos estas problemáticas. ¿En qué momento se convierte el niño en el epicentro de la sociedad? ¿Tiene esto algún impacto sobre el lazo social y la cultura? Sobre estos interrogantes gira el presente recorrido.

En *Dogville*⁵, luego de que Grace es empleada por todos los habitantes del pueblo en diferentes actividades a lo largo del día, una de sus labores es enseñar a los hijos de un granjero. Uno de los niños, que se torna insoportable, chantajea a Grace para que lo golpee, diciéndole que de no hacerlo le dirá a su padre

3 *El profesor Lazhar* [Película] dirigida por Philippe Falardeau, producción micro_scope/ Canadá, 2011 (90min).

4 Según Dufour, el sujeto crítico de Kant, así como el sujeto neurótico de Freud, habría desaparecido hoy. La escuela Nueva, así como la televisión, habrían contribuido a su desaparición. La primera a partir de los modelos autoestructurantes en que el maestro pierde la autoridad de la palabra, la segunda a partir de la lógica fragmentada de la construcción del relato en que el fantasma se construye de antemano en el guión televisivo. Cf. Dufour Dany-Robert. (2007). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

5 *Dogville* [Película] dirigida por Lars Von Trier, productora Zentrop Entertainment, Dinamarca, 2003 (177min).

que ella lo ha golpeado. El niño, que ha dado suficientes razones para ser castigado, logra su cometido por medio del chantaje. Al llegar la noche le dice a su madre que la maestra lo golpeó. Su madre sale corriendo a vengarse de Grace y termina quebrándole unas estatuillas que había coleccionado con el fruto de su trabajo. ¿No señala esto una perversión que ingresa en el vínculo educativo? De haber tal, sería justo en la relación que este niño establece con su madre, pues finalmente él sabía que era el niño intocable y que por esta razón su madre terminaría cobrándoselas a la maestra.

Pero aun cuando el niño es el centro de la sociedad moderna, pareciera que esto no lo hace invulnerable a la violencia que sobre él también recae. Cientos de noticias así lo testimonian: niños golpeados violentamente por sus cuidadores, obligados a trabajar en condiciones deplorables, sometidos a prostitución, vendidos o intercambiados, asesinados por sus propios padres... Esta doble condición del niño, por un lado venerado como sagrado, pero por otro sometido a toda serie de vejámenes, debería llamarnos la atención. Aun cuando no se trate de algo nuevo, nunca antes en la historia existieron tantas leyes e instituciones para protegerlo y, sin embargo, tanta violencia sobre el mismo.

El padre, considerado primer abusador y agresor, aparece como amenaza para el infante. Buena parte de las leyes sobre infancia se han construido para proteger al niño de su padre. En *Des vents contraires*⁶, la escena del rapto de su propio hijo por parte de un padre inmigrante y desempleado —separado de su mujer y quien tiene restricciones para ver a su hijo—, así lo testimonia. Ha tenido que acercarse a la reja de la escuela como un delincuente y sacar a su hijo con mentiras para poderlo ver. Los próximos días transcurren entre juegos y diversiones. Muy pronto este hombre y su hijo se encuentran escondidos y la policía los busca, pues su madre denuncia el caso como un secuestro. El hombre, quien literalmente es cazado por la policía, termina huyendo, con tan mala suerte de ser arrojado por un automóvil que le causa la muerte.

La ciencia ha contribuido también a ubicar al niño en un lugar sagrado. La especialización del saber sobre la crianza de los niños obliga a que las madres, para serlo, tengan que asistir primero a una serie de cursos sobre maternidad. Aun así, esta educación fracasa. Las madres acuden al médico por cualquier 'problema' que antaño sabían cómo solucionar, y si no ellas, al menos sí sus madres y abuelas: ¿Puedo darle agua al niño? ¿Cómo le saco los gases? ¿Puedo darle huevo? ¿Cómo debo amamantarlo?...

Esta doble condición de la infancia, el hecho de que por un lado el niño sea considerado sagrado, pero por otro sea víctima de toda clase de vejámenes, debería interrogarnos de inmediato. Si a esto le agregamos la prolongación de los periodos de infancia y juventud (según los sociólogos la infancia se ha retraído y la juventud se ha extendido), ¿no surge entonces una pregunta obligada sobre la definición de la infancia? Considero, en contravía de lo que asevera la sociología, que el periodo que se ha prolongado, tomando

6 *Contra el viento* [Película] dirigida por Jalil Lespert, Estados Unidos, 2012 (91 min.).

incluso el de la juventud y la adultez, es el de la infancia. Estos 'jóvenes' de más de treinta años, que son profesionales (algunos especializados), ganan más de cinco salarios mínimos, viven con sus padres y son *Gamers*⁷; son niños, no jóvenes. La juventud es un instante de fuerte contradicción con la generación de los padres; sin esta condición, que la sociología denomina lucha generacional, no hay joven, y si no hay joven, ¿cómo denominar a estos 'prolongadamente jóvenes' que viven con sus padres? Sin lugar a dudas, se hace más que necesario definir o redefinir la infancia para tratar de acercarse a este y otros fenómenos contemporáneos, como el ya citado del niño sagrado y, al mismo tiempo, violentado; estructura que Agamben (2006) ha descrito ampliamente a través del *Homo Sacer*: aquel considerado insacristable, pero aun así a quien se le puede quitar la vida impunemente. Esta condición de inclusión-excluyente puede ser la veta estructural sobre la cual gire un análisis sobre la infancia; tal vez permita comprender las razones por las cuales entre más se incluye al niño a través de políticas de protección, más violencia recae sobre él.

El abordaje de la infancia girará en torno a tres ejes: el momento histórico en el que el niño se convierte en epicentro de la sociedad, la estructura sobre la cual podemos comprender la infancia y, finalmente, la relación madre-hijo como síntoma de la prolongación de la infancia en la sociedad contemporánea.

La infancia y el Niño Jesús

La investigación titulada *Los niños que fuimos: Huellas de la infancia en Colombia* (Londoño, 2012), nos muestra a través de la iconografía, los tratados de urbanidad y los juguetes, los vestigios de la infancia en Colombia. En la iconografía observamos variantes en la representación del niño, que van desde la imagen del pequeño adulto hasta el Divino Niño; y desde el escolar hasta el niño en el mercado. El Niño Dios⁸, una imagen del Siglo XVIII, permite observar la encarnación de Dios en el cuerpo del niño; imagen del niño desnudo con mirada angelical. En *La sagrada familia y la Trinidad*⁹ pintada un siglo antes, el niño Jesús aparece en la mitad de sus padres, María y José, y desde el cielo una paloma blanca emana rayos de luz que iluminan su cabeza. Otra cosa ocurrirá con los frescos del siglo XIX: en el óleo *El Niño Arturo Celis*¹⁰ vemos a un niño con un tambor de juguete en medio de sus piernas; en el cuadro titulado *Rafael Pombo*¹¹ aparece el niño con un pájaro en la mano, haciendo metonimia de aquello que se esconde debajo de su batola, hacia donde lleva la otra mano. Esta imagen es reiterativa en la pintura de la época; podemos observar además de la metonimia fálica, la relación del niño con la naturaleza: el niño en estado puro, la pura vida. Un siglo

7 Término empleado para referirse a las personas que practican videojuegos.

8 Colección de Arte del Banco de la República.

9 Museo de Arte Colonial (Bogotá), fotografía de Óscar Monsalve Pino.

10 Ángel María Palomino, Museo de Antioquia, Medellín.

11 Museo Nacional de Colombia, Bogotá.

después observamos imágenes de los escolares fotografiados en uniforme y fotografías familiares en que el niño es el centro. Pero la imagen del Divino Niño lejos de desaparecer, se imbrica con la del niño en la familia. Así lo testimonia la imagen de Melitón Rodríguez titulada *Sara Mejía*, en la que aparece una niña desnuda en el regazo de su madre y de cuya espalda emergen unas alas transparentes. La exposición culmina con las imágenes de niños utilizadas por el mercado hacia la primera mitad del siglo XX. Su divinidad pasa ahora al lado de la publicidad. Tal es el caso de la imagen de *La zarzaparrilla del Dr. Ayes*¹², en la que una niña rubia de ojos claros tiene entre sus manos las flores de zarzaparrilla. O la imagen de Cigarrillos El Globo, que presenta una niña con un ramo de rosas en una mano, mientras en la otra sostiene un empaque de tabacos. Este recorrido nos permite observar la transmutación de la imagen del Divino Niño Jesús, desde la inocencia del niño unida a la naturaleza, hasta la Divinidad del niño puesta al servicio del mercado.

Ahora bien, ¿cómo aparece el sentimiento de la infancia¹³ y el Divino Niño en la historia? No siempre hubo una palabra para designar al infante. Ariès (1987) demuestra que esta distinción en el lenguaje solo podrá hacerse visible hasta el siglo XVIII, pues antes el vocablo niño se empleaba como sinónimo de “mozo, mocito, muchacho, hijo, nuero”. (p. 47) Si la palabra para señalar al niño se confunde con otras edades, es en cuanto son sinónimos de dependencia.¹⁴

La infancia como sinónimo de dependencia se mantiene hasta nuestros días, asunto del que se percató Ariès (1987): “Hijo es también un término de amistad del que se sirve uno para saludar, mimar a alguien o para inducirle a que haga alguna cosa. Igualmente, cuando uno dice a una persona de cierta edad: adiós madre bondadosa... ella responde adiós hijo mío (adiós pequeño).” (p. 47) Este término ‘pequeño’, sirve también para designar el miembro masculino, según lo observa Freud en el análisis de la cultura popular. Lo cierto es que en todas las lenguas aparecerán diferentes palabras para referirse al estado de infancia, tal es el caso del italiano ‘*bambino*’, y el término inglés ‘*baby*’, con el que finalmente podrá designarse a los niños pequeños.

El advenimiento del niño a las sociedades modernas corresponde con el renacimiento de las ideas griegas, lo que produce una imbricación entre el Eros griego y el Divino Niño Jesús. Es por esta razón que la representación de la infancia en la modernidad se corresponderá con esta doble connotación: niño sagrado,

12 Álbum con tarjetas postales, Biblioteca Luis Ángel Arango, Sala de libros raros y manuscritos.

13 El sentimiento de la infancia aparece en la modernidad y se refiere a la conciencia sobre la particularidad de la niñez. Si bien el sentimiento de la infancia es moderno, no así las edades del hombre, que existían en la Edad Media y eran consignadas en tratados pseudocientíficos. Cf. Ariès Philippe. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, España: Editorial Taurus.

14 Esto permite afirmar que hoy los ‘prolongadamente jóvenes’ son, más bien, niños. No en vano las mujeres se refieren a sus novios o a los hombres que les atraen con el término “niño”: “ese niño está bonito”.

pero al mismo tiempo imagen del Eros que adviene con el *putto*.¹⁵ La imagen del niño Jesús se extiende hasta el siglo XVII y es la precursora de todos los niños pequeños en la historia del arte, dando origen a la imagen del niño desnudo, desde luego, representado como niño asexuado. A partir de allí, las imágenes del niño proliferarán, desde los niños con sus juguetes, hasta los niños santos con sus madres, y luego sin ellas.

Hasta el siglo XV la infancia no era “más que un pasaje sin importancia, que no era necesario grabar en la memoria [...] si el niño moría, nadie pensaba que esta cosita que desaparecía tan pronto fuera digna de recordar [...] La gente no podía apegarse demasiado a lo que se consideraba como un eventual desecho” (Ariès, 1987: 64) —equivalencia excremento=niño sobre la que volveremos más adelante—. En esta época el niño que moría antes del bautizo era enterrado en casa, como los animales domésticos. La infancia, así comprendida, se ubica en una zona marginal entre la tierra de donde salen y la vida en la que aún no han penetrado; es como si en ese entonces existiese una diferenciación marcada entre la pura vida como *zoe* y el vivir como hombre: *bios*.

En el siglo XVII se extiende la costumbre de retratar a los hijos, tratando de conservar la imagen de la niñez. Este testimonio de la imagen del niño da cuenta del lugar que comienza a ocupar el niño en la composición familiar, convirtiéndose en el centro.¹⁶

El vestido también testimonia la aparición de la infancia. En el siglo XVII el niño aparece con un traje reservado a su edad, que aunque remite a la indumentaria de siglos pasados, permite diferenciarlo del adulto. Los niños pequeños eran vestidos con faldones, que los diferenciaba de los adultos aunque no de las niñas, que a su vez no se diferenciaban de las mujeres adultas. Con la aparición del uniforme escolar, tomado de la indumentaria militar y del traje popular, el niño precede lo que luego será la moda masculina. Aquí, por el contrario, el vestido del niño se extiende a los adultos.

El otro aspecto que permite una diferenciación del niño es el juego, este en principio estaba ligado a toda la sociedad, y era el niño quien participaba del juego de los adultos. El juego para las sociedades cortesanas permitía estrechar los vínculos colectivos y cohesionar a la sociedad mediante las tradiciones y las fiestas. Si bien los juegos de la corte estaban anclados a los rituales y las fiestas del calendario,¹⁷ “más adelante, ese juego se separó de su simbolismo religioso, perdió su carácter colectivo, para convertirse a la vez en profano e individual.” (Ariès, 1987: 102). Con la aparición del sentimiento de la infancia los juegos se truecan en

15 El *putto* es la representación del Eros griego, que aparece como niño desnudo en forma de Cupido.

16 Ariès (1987) nos muestra como hacia el siglo XVII las abuelas y las nodrizas experimentan un sentimiento de la infancia presente en el interés por las expresiones del niño.

17 El lazo entre rito y juego es tan fuerte que, según Ariès, los historiadores de los juguetes han tenido problemas para distinguir los juguetes de los niños de las demás estatuillas con significación religiosa.

monopolio de los niños, de tal manera que “la infancia se convierte en el conservatorio de las costumbres abandonadas por los adultos” (p. 104)

Este sentimiento nuevo de la infancia tiene una doble particularidad: por un lado hay una concepción sagrada del niño representada en su presunta inocencia; por otro, una necesidad de preservar su moralidad por medio de la educación, lo que implica la prohibición del juego y su clasificación.¹⁸ La infancia conserva este doble carácter de impudor e inocencia. Hasta los seis años, como lo testimonia Ariès (1987), a través del diario de Heroard sobre Luis XIII, el niño era tratado con toda suerte de vulgaridad y bromas, que no chocaban a nadie. Pero a partir de esta edad ya nadie juega con sus partes sexuales, por el contrario es sometido a la educación moral y religiosa. La escolarización introduce un tabú sobre el niño. En los juegos se debe evitar al máximo que los niños se toquen o se besen, y también que duerman en la misma cama, sobre todo si son de diferente sexo.¹⁹

Frente a esta concepción de la infancia “el primer sello de la Institución de los Hermanos de las Escuelas Cristianas [...] fue el Santo Niño Jesús llevado de la mano por San José.” (Ariès, 1987: 171). El mandato divino de volver a la niñez para entrar al reino de los cielos, termina por construir la imagen del “Divino Niño” que se transmutará hacia ulteriores representaciones de la infancia. Así las cosas, la pareja formada por el niño y el Ángel de la guarda se constituyen en el sello de la infancia en la modernidad.

Lo que aparece luego está en relación con la ciencia y sus estudios sobre la infancia. Esto se evidencia en los textos que emergen sobre la psicología infantil, para adaptar mejor los métodos de la educación. Con el sentimiento de la infancia aparece para la ciencia el niño cobayo. El niño sagrado da lugar a su vez a la experimentación. Aparece el niño como aquel insaclicable, pero sobre el que, sin embargo, se pueden realizar todo tipo de experimentos. No en vano el descubrimiento del niño permitirá, como lo demuestra Foucault, el anclaje de la psiquiatría como campo disciplinar independiente de la medicina. Así, la debilidad mental y la locura podrán explicarse por medio de las señales de infantilismo en el sujeto. Esta doble concepción del niño es la que lo sitúa en este umbral en el que por ser sagradas criaturas de Dios, es necesario protegerlas, y para ello se recurrirá a los métodos coactivos de la educación.

Finalmente, el niño viene a ocupar el centro de la familia, que se ha reconfigurado:²⁰ se aísla de la esfera social, mientras la sociabilidad se retira hacia el campo de los asuntos públicos-estatales. “En todas partes

18 Esto puede observarse en las distintas prohibiciones de la Iglesia, quienes oficiaron las primeras escuelas. Aunque este panorama se transforma con la pedagogía de los Jesuitas, quienes comienzan a utilizar el juego como medio para la educación.

19 También entre los niños y los adultos, pues se buscaba evitar la promiscuidad intergeneracional.

20 En el Medioevo la densidad social no le dejaba un espacio libre. Existía un espacio comunitario amplio, elemento que permitía al mismo tiempo a los niños generar otros tránsitos a la libido. Cf., Mannoni Maud. (1983). *La educación imposible*. México: Siglo Veintiuno Editores.

este movimiento intensificó la intimidad de la vida privada en detrimento de las relaciones de vecindad, de amistad o de tradiciones” (Ariès, 1987: 538) Así las cosas, el niño se convierte en el objeto sobre el que se depositan las diferentes tensiones libidinales de la familia. El niño es el centro de la sociedad moderna y su emergencia se corresponde con el discurso que Lacan denominó “Universitario,” pues no es pensable la sociedad moderna por fuera de la lógica de la Educación. Entonces, tanto en la institución escolar como familiar, el niño es puesto en estado de excepción de la vida adulta: la primera lo aísla encerrándole, mientras la segunda lo encierra en el triángulo edípico.

La estructura de la infancia

¿Es posible situar una estructura de la infancia? El abordaje que realiza Agamben (2011) se ubica en esta lógica. El *in-fante* es aquel que no habla, por eso la condición hablante marca una ruptura entre la infancia y la historia. La primera será vivida como momento mítico de la experiencia que, al mismo tiempo, inaugura la entrada del sujeto en la historia. Desde luego el hablante regresará a su infancia para tratar de relatar sus experiencias, pero es justo aquí donde fracasa, pues las huellas experimentadas se alejan de la posibilidad de su revelación por medio del habla.

Esta enajenación de la experiencia es experimentada como condición del hombre moderno, que se sitúa como incapaz de experimentar cualquier cosa. Lo que Agamben (2011) muestra es que “la expropiación de la experiencia estaba implícita en el proyecto fundamental de la ciencia moderna” (p.13). La ciencia moderna se funda en una desconfianza en la experiencia cotidiana, desplazándola lejos del hombre. El sujeto de la ciencia es aquel que experimenta la división entre la experiencia y el intelecto. Esto en cuanto la ciencia toma la experiencia (saber-hacer) como método, mientras se ubica en el lugar del intelecto reservado antes a Dios.

Dos potencias lleva para sí la ciencia: por un lado la experiencia cotidiana del sujeto (saber-hacer), por otro el intelecto reservado a la intelección divina, por lo que la ciencia se convierte en sustituto de la religión. Agamben (2011) explica que al expropiar a sus respectivos sujetos (sujeto de la experiencia y sujeto de la ciencia) los reemplaza por un nuevo y único sujeto. La reunión de estos se realiza en el Yo, que debe albergar tanto el intelecto como la experiencia “conjunción del saber humano con el saber divino” (p. 18). Pero esta reunión es al tiempo *spaltung*, división subjetiva.

El sujeto de la experiencia es inaprehensible, no solamente por los efectos de la organización de la ciencia en la modernidad, sino por cuanto la experiencia es una experiencia muda, una experiencia de la *in-fancia*. Al fundarse el sujeto de la ciencia, el *cogito* queda separado de la experiencia. “Pienso, luego existo”. “Pienso

ahí donde no soy, o existo ahí donde no pienso”, esta es la comprensión lógica que agrega Lacan al sujeto del *cogito*.

Vayamos a Freud para comprender la separación entre el *cogito* y la experiencia. Existe una primera experiencia que se traduce en huella mnémica, y todo el movimiento de la representación inconsciente y de los síntomas se dirige hacia la conmemoración de aquel instante inaugural, momento en el que no hay lenguaje y, por lo tanto, no hay manera de nombrar la experiencia, quedando condenada a lo inefable. Si vamos más allá con Lacan, encontramos que este momento de la experiencia está más cercano a la muerte que a la vida, pues se trata del instante de la mortificación del hablante por el lenguaje, que deja una marca, experiencia de goce de la cual apenas queda un rasgo.

Si en la experiencia aún no hay un Yo que pueda indexarse a esta, ¿cuál es entonces el testigo de la experiencia? Estas experiencias, como Freud lo muestra, remiten a una tercera persona presente antes del advenimiento del yo: *Allí donde ello era...* Si Freud utiliza la tercera persona para señalar aquello que acontece a nivel inconsciente con las experiencias del sujeto, es justo porque esto que adviene como experiencia le viene del Otro, es ajeno a él. Marcado por el Otro, advendrá luego. La experiencia remite a algo que no es el mismo, pues en ese instante se encontraba ausente.

Ahora bien, tenemos a un sujeto reunido y a la vez dividido en el Yo. El Yo es fundamentalmente el Yo de la enunciación, yo lingüístico que no nombra ningún individuo en particular, se configura como locutor del cual nunca obtendremos “la experiencia pura y, por así decir, todavía muda” (Agamben, 2011: 63) ¿Puede dirigirse el interés moderno del hombre hacia esa *in-fancia* del hombre? O, por el contrario, se ancla en esa tierra ignota para fundar desde allí el poder de la ciencia. Si la ciencia moderna se apodera del sujeto de la experiencia y del sujeto del intelecto, no podía menos que anclarse en el infante, como paradigma de la experiencia.

Lo que señala Agamben (2011) es el círculo que se configura entre infancia y lenguaje, pues la infancia se convierte en el origen del lenguaje, pero al mismo tiempo, el lenguaje es el origen de la infancia, pues solo al hablar aparece como efecto la infancia mítica, el momento de la experiencia inefable. La experiencia en tanto *in-fancia* es el resultado de que el hombre no sea desde siempre hablante, y así como el lenguaje ingresa en tierra ignota de la infancia, así también la infancia ingresa en la lógica del lenguaje. Por lo tanto, la experiencia y también el infante, no solo coexisten con el lenguaje, sino que lo moverán en dirección de la experiencia, así como el lenguaje se mueve en dirección de la infancia. Mientras el lenguaje hace límite a la infancia, la infancia hace límite al lenguaje en su dirección hacia la totalidad. Si el lenguaje tiene un agujero ese es la infancia como experiencia inefable. Esta discordancia entre infancia y lenguaje, el hecho de que el hombre no habite desde siempre el lenguaje, es lo que permite, según Agamben (2011), la diferencia

entre lengua y discurso. Afirma que “solo por eso hay historia, solo por eso el hombre es un ser histórico” (p. 71). Es por eso que la historia se presenta como discontinuidad, como ruptura. ¿Habría viajado el hombre moderno hacia esa su patria ignota? ¿Y si el viaje que inicia la modernidad fuera un viaje hacia la infancia, hacia donde nos conduciría?

Esta doble connotación de la *in-fancia*, por un lado como experiencia muda y por otro como ingreso del hombre en el lenguaje, permite ver el anclaje de la biopolítica en la modernidad. Si el niño se convierte en el centro, es por cuanto al anclarse la política en la muda vida, ella puede convertirse en biopolítica. Esa es la condición sagrada del niño, la misma que lo ubica como insaclicable, pero, al mismo tiempo, aquel que puede ser asesinado impunemente. Si Agamben ve en los campos de concentración, no la excepción, sino la regla de la sociedad contemporánea, podemos ir más lejos para decir que la aparición del sentimiento de la infancia en la modernidad aparece concomitantemente con la escuela ¿no es este el primer campo de concentración que habita el hombre? Una pedagogización de la sociedad es entonces una ampliación de los campos de concentración. El *Homo Sacer* tiene su anclaje en la *in-fancia* del hombre.

Christian, Rey de Dinamarca, da cuenta de este doble proceso de sacralización del niño e infantilización de la sociedad. Si el niño es el centro de la sociedad moderna, lo es en un doble sentido: por un lado el Rey se ha hecho niño; por otro, en el niño emerge la ideología de la ilustración. Si regresamos a la historia podemos evidenciar que en el Estado absolutista, la función de gobierno del Rey se encuentra suspendida por el parlamento. El Rey se ha hecho niño, y como Christian vaga por el reino en busca de la experiencia a través del juego. Mientras el papel del Rey queda restringido a la firma de las leyes del concejo, emerge desde la ideología liberal el hombre libre. Rousseau funda la ideología de la ilustración en la libertad del hombre, de la cual su único exponente es el niño. El hombre nace libre... A través del Emilio, Rousseau muestra que el hombre libre es el niño, quien se encuentra en consonancia con la naturaleza. En adelante el proyecto liberal se desarrollará sobre la idea de la educación del hombre libre: el niño.

El niño como significante

El niño es aquel que queda del lado de la experiencia. Sus experiencias son vividas a través del juego. Ese es el mundo del niño, huella de la experiencia adulta. El paso de la adultez dejará un resto: el juguete. En ese tránsito a través de los rituales de paso, el niño se convertirá en adulto, mientras la experiencia de la *in-fancia* queda en los límites de lo inefable. En “El país de los juguetes” Agamben (2011: 95-128) nos muestra el papel del niño como significante que permite este paso hacia la sociedad adulta. El niño es un significante inestable, así como la larva. Cada uno señala un tránsito, el primero hacia la vida adulta, el segundo hacia la muerte. En esta estructura existen dos elementos que se integran en una lógica: por un lado el juego, por otro el rito. El

primero, propio del niño, sitúa un movimiento hacia la diacronía; el segundo, en relación con la muerte, un movimiento hacia la sincronía. Estos dos movimientos se encuentran en un cruce temporal que da lugar a la historia.

Una vez Pinocho llega al país de los juguetes ingresa en un mundo invadido por el juego en donde el tiempo se acelera. “En medio del recreo continuo y las múltiples diversiones, las horas, los días, las semanas pasaban como relámpagos” (Agamben, 2011: 96). La invasión del juego destruye el calendario, pero el juego en relación con el rito tiene por objeto “instituir y garantizar la estabilidad del calendario” (p. 96). Esta estructura tiene una relación de correspondencia y oposición entre juego y rito. “Ambos mantienen una relación con el calendario y con el tiempo [...] dicha relación es inversa en cada caso: el rito fija y estructura el calendario, el juego en cambio [...] lo altera y lo destruye” (p. 98-99). Lo que aparece en la modernidad es el juego desanclado del rito, como monopolio del niño.

El juego llevado al límite modifica la esfera de lo sagrado, Agamben (2011) llama a esto “lo sagrado invertido” (p. 100). El juego tendría, entonces, la potencia de anular el mito en el cual se funda el rito, de manera que en su último extremo genera un mundo sin historia. ¿Pero qué ocurriría si lo sagrado queda del lado del niño? Lo sagrado invertido es un Dios hecho niño: “El Divino Niño”. Un niño hecho Rey: “El Rey Niño”. Pero también un hombre hecho niño: El Hombre Libre del liberalismo.

¿La prolongación de la condición infantil, no habría invadido progresivamente la esfera social hasta convertirla en el país de los juguetes? De ser así, la consecuencia sería el “desmigajamiento del tiempo en acontecimientos, un mundo en donde las horas pasan como relámpagos” (Agamben, 2011: 100). Esto podemos observarlo en la experiencia de juego de los niños en la que el tiempo pasa velozmente sin que ellos se percaten, o en las prácticas de los ‘prolongadamente jóvenes’ que se reúnen o se encuentran virtualmente para jugar videojuegos durante días, y que se denominan *Gamers*. Uno de ellos, de cerca de 28 años, escribe en una red social, “¡Soy un Gamer y qué!”.

La conexión entre sincronía y diacronía requiere de un tránsito desde la una hacia la otra. Este proceso debe darse en el campo del significante, de tal manera que se requiere de un significante que permita el paso de la sincronía hacia la diacronía, y viceversa. Para este caso se trata de un significante fundamental que Agamben denomina inestable, puesto que debe abandonarse en un momento determinado para salir de la infancia e ingresar en la historia: el significante niño.

El niño es un significante inestable porque sitúa un tránsito, al igual que la larva. “Así como la muerte no produce directamente antepasados, sino larvas, del mismo modo el nacimiento no produce directamente hombres, sino niños [...] Si la larva es un muerto-vivo o un medio-muerto, el niño es un vivo-muerto o un medio-vivo.” (Agamben, 2011: 122) Dentro de esta lógica, tanto el niño como la larva representan una

amenaza al orden estructural del tiempo, pues la permanencia de la infancia marca una ruptura de la historia en la predominancia diacrónica, es decir, el desmenuzamiento del tiempo; mientras que la permanencia de la larva detiene el tiempo en una eterna sincronía, un mundo petrificado. Por eso es necesario el equilibrio entre rito y juego: el juego sitúa el tránsito del significante niño hacia el mundo adulto; el rito sitúa el tránsito entre la larva y la muerte. Pero juego y rito están implicados, pues en el ritual hay juegos durante la fiesta, así como en la infancia hay ritos para señalar el paso hacia la adultez. Estos ritos son los que, finalmente, sitúan el paso de los significantes inestables a los estables.

Así las cosas, la existencia de una 'prolongada juventud', o prolongado estado de infancia en nuestra sociedad contemporánea, debería alertarnos sobre el papel de los ritos que permiten ese paso del estado de la niñez a la adultez, pues si estos ritos fallan, es muy claro que asistimos a un estado de infantilización que se evidencia en la frase: "¡Soy un Gamer y que!" El niño debe ser entonces la cifra de este paso, la señal del paso hacia el mundo adulto, asunto que evidencian los retratos, y los juguetes, que permiten decir: "hubo una vez un niño". Con esta lógica podemos comprender al niño como aquello que junto con la larva generan la estabilidad del sistema social. ¿Qué ocurre si este intercambio falla?:

No es un indicio de salud que una cultura esté tan obsesionada por los significantes de su propio pasado que prefiera exorcizarlos y mantenerlos con vida indefinidamente como "fantasmas" en lugar de sepultarlos, o que tenga tal temor a los significantes inestables del presente que no logra verlos sino como portadores del desorden y de la subversión. Esa exasperación y ese anquilosamiento de la función signifiante de las larvas y de los niños en nuestra cultura es un signo inequívoco de que el sistema binario se ha bloqueado y ya no puede garantizar el intercambio de los significantes en el que se funda su funcionamiento. Por ello cabe recordarles a los adultos, que se sirven de los fantasmas del pasado sólo como espantajo para impedir que sus niños se vuelvan adultos y que se sirven de los niños solamente como coartada para su incapacidad de sepultar los fantasmas del pasado, que la regla fundamental del juego de la historia es que los significantes de la continuidad acepten intercambiarse con los de la discontinuidad y que la transmisión de la función signifiante es más importante que los significantes mismos. (Agamben, 2011: 126-127).

Podríamos interpretar esta prolongación de la infancia, y el interés contemporáneo en la infancia: poner al Divino Niño como centro, no como un interés verdadero por el Niño, sino como una coartada del mundo adulto que encuentra en el niño el depositario de sus fantasmas. La frase de muchas mujeres: "yo quiero un hijo para mí sola"; va en esta vía. Quieren al niño pero no al donador ni a su órgano, pues el niño viene a situarse como sustituto del órgano fálico. Freud nos da pistas sobre lo que ocurre a este nivel. Que el signifiante niño debe ser desechado se constata en la ecuación: excremento-dinero-hijo-pene, pues con la introducción del falo estos elementos ingresan en la lógica de la castración.

El lugar del niño dentro de la economía psíquica

Freud (2003) propone una equivalencia entre excremento=dinero=hijo=pene, rastreable a lo largo de su obra. Ubicar al niño en esta equivalencia lo hace objeto de una condición especial, ya que, al igual que los demás objetos puestos en la serie, debería ingresar en la lógica de la castración, a partir de la metáfora paterna. Podemos ver una correlación entre la concepción del niño como significante inestable, que da paso a un significante estable, y el niño como sustituto del pene, que deberá ser abandonado, al igual que los demás objetos parciales, para ingresar en una lógica estable que introduce el padre, a través del significante falo. Este es quizá el elemento que habría que introducir en la explicación de Agamben para poder comprender el bloqueo del sistema binario. Es que la relación entre rito y juego, nacimiento y muerte, está organizada a partir de un significante primordial: el significante del Nombre-del-Padre.

Freud (2003/1917) encuentra evidente la relación entre hijo y pene a partir de la manera como popularmente son nombrados el uno y el otro, pues tanto el uno como el otro son sustituidos por “*el pequeño*”. (p. 70) Este pequeño, sustituto del pene, es ubicado por Freud (2003/1917) en relación con el deseo de hijo por parte de las mujeres:

Es como si estas mujeres hubieran entendido —desde luego, esto no pudo haber actuado en calidad de motivo— que la naturaleza ha dado a la mujer el hijo como sustituto de lo otro que se vio precisada a denegarle. En otras mujeres, aún, se averigua que ambos deseos estuvieron presentes en la infancia y se relevaron el uno al otro. Primero quisieron tener un pene como el varón y en una época posterior, siempre dentro de la infancia, apareció en su remplazo el deseo de tener un hijo. (p. 70).

A partir de esto concluye que “el deseo del pene sería en el fondo idéntico al deseo del hijo.” (p. 70) Aunque aclara que puede suceder que este deseo de pene se mude hacia el deseo de varón, esto en cuanto apéndice del pene. Observemos que aquí hay un tránsito: el deseo de hijo sustituye la ausencia de pene, pero esta se muda hacia el deseo de tener un hombre, para obtener así el órgano. Vale la pena mencionar el caso de varias de las madres denominadas hoy ‘madres solteras’, muchas de las cuáles incluso se ponen como meta tener un hijo únicamente para ellas, es decir, arrebatándoselo al donador. En este caso no opera la sustitución que Freud menciona, y ocurriría entonces que la mujer queda fijada al hijo, tomándolo como sustituto del órgano fálico. Esta fijación sería justamente la que demuestra la falla en la permutación significativa, donde el significante niño no es abandonado, lo que impide el paso hacia la adultez.

Observemos ahora la relación entre regalo y niño. Recordemos que Freud (2003/1917) describe la fantasía infantil según la cual los niños habrían nacido por el ano. Por otro lado, en el erotismo anal el niño procura retener las heces como regalo para la madre. En el lenguaje popular el hijo es considerado un regalo. Así las cosas, “la investidura libidinosa aplicada al contenido del intestino puede extenderse al niño.” (p. 70) Pero en esta equivalencia que se nos viene situando, el hijo podría sufrir el mismo destino del excremento,

pues si a nivel inconsciente estos objetos son equivalentes, el hijo, al igual que el excremento, puede ser desechado.

Se va configurando así una doble significación del niño. Del lado del pene de la madre como sagrado, pero del lado del excremento como objeto de repulsión y rechazo. La función del niño como falo de la madre es estructural: el sujeto, en un primer momento, se identifica con el falo de la madre; así, todo sujeto pasa por el lugar de *homo sacer*. Pero la relación entre excremento-hijo demuestra por qué el sujeto, en su nuda vida, podrá ser sometido a todo tipo de vejámenes, sin que esto constituya un delito.

Esta ecuación: excremento-pene-hijo, debe tener como resultado la introducción de la lógica de la castración. Si Freud encuentra un punto de concordancia entre el erotismo anal y el complejo de castración, es porque se trata en ambos casos del proceso de separación. Al volver a las teorías sexuales infantiles encuentra que el reconocimiento de la falta de pene en la mujer lleva al niño a concebirlo como algo separable del cuerpo, y es así como entra en relación con el excremento. Se trata de un trozo corporal al cual se tuvo que renunciar en algún momento. Es por eso que inconscientemente el hijo queda investido por un interés anal-erótico. El hijo, al igual que el excremento, cumple el papel de prueba de amor, como regalo. Con la solidez compartida entre el excremento, el pene y el hijo, el cuerpo es ahora el portador de esta lógica. Sobre él recae la biopolítica. Es allí en donde podemos observar esta doble significación de insaclicable y, al mismo tiempo, aniquilable.

El complejo de castración en la niña es el pivote que le permite a Freud (2003/1924) comprender la ecuación. En la niña, el complejo de castración “no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza —a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos— del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo [...] de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo”. (p. 90) “Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual.” (p. 91) Esta fijación a nivel de las ideas inconscientes podemos evidenciarla en el comportamiento de mujeres adultas que tienen un hijo para sus padres. Pero el riesgo que conlleva la fijación del hijo como sustituto del pene en la mujer aparece en eso que Freud (2003/1925) denomina complejo de masculinidad en la mujer:

La esperanza de que, a pesar de todo, obtendrá alguna vez un pene y será entonces igual al hombre, es susceptible de persistir hasta una edad insospechablemente madura y puede convertirse en motivo de la conducta más extraña e inexplicable de otro modo. O bien puede ponerse en juego cierto proceso que quisiera designar como repudiación (renegación), un proceso que no parece ser raro ni muy peligroso en la infancia, pero que en el adulto significaría el comienzo de una psicosis. Así, la niña rehúsa aceptar el hecho de su castración, empeñándose en la convicción de que sí posee un pene, de modo que, en su consecuencia se ve obligada a conducirse como si fuese un hombre. (p. 126)

El complejo de masculinidad sería el riesgo inminente que correría la sociedad contemporánea, en caso de que la sustitución pene-hijo se haga permanente, amalgamando la relación madre-hijo en una versión de la madre fálica. Desde luego, otro debe ser el camino cuando ubicamos al niño como significante inestable. Debe operar allí una permutación que permita el tránsito hacia la condición adulta. Este tránsito implica que se renuncie al deseo de pene (en el caso de la niña), mudándose hacia el deseo de hijo, para finalmente interesarse en el portador del órgano fálico. El resultado es la asunción de la ley del padre y su lógica: la castración. ¿Pero qué pasaría con el lazo social, si esta operación no se realiza?

La maternalización del lazo social²¹

La castración es la operación que Freud extrae del complejo de Edipo entendido como núcleo de las neurosis. ¿No debería interrogarnos el hecho de que Freud recurra a la tragedia griega para explicar la causa de las neurosis, y más adelante de la organización cultural? Si la tragedia griega explica la modernidad es porque el niño se ha hecho Rey. Edipo asesina a Layo y desposa a Yocasta convirtiéndose en Rey. Edipo es, pues, el núcleo insoslayable. El Rey-niño muestra la decadencia de las monarquías, por un lado, y el niño como paradigma del hombre libre sobre el que emerge la ideología liberal-burguesa. Shakespeare también denuncia aquello que acontece con la monarquía de la época. Hamlet vagando por el reino es el heredero loco. Un niño que sobrepasa los 30 años. Si Hamlet se debate entre *To be or not, To be...* es porque aquí se encuentra la estructura del niño en la modernidad: *ser o no ser el falo* de la madre.

La manera como el niño ingresa en la lógica del significante es a través del deseo de su madre. Siguiendo a Lacan, diremos que el niño desea ser aquello que su madre desea. De esta manera, nombrando el deseo de la madre lograría nombrarse él. Lacan dice al respecto que el yo del niño va a constituirse del lado de la madre como otro, es decir, depende del deseo de la madre; mientras que el yo de la madre deviene otro para el niño, es decir, que lo que le viene al niño del lado de la madre estará en condición de mensaje. Así, el mensaje que recibe el niño de identificación con el objeto de la madre, es decir, con el deseo de la madre, va a ser recibido de manera metonímica, esto es, vendrá otra cosa en lugar de su deseo, como efecto de desplazamiento.

En esta operación aparece, en un segundo momento, el padre mediado por la madre como interdictor en el discurso de la madre, que adviene a título de mensaje para la madre; un NO que se transmite en el mensaje de la madre esperado por el niño. Mensaje sobre un mensaje, que Lacan (1995) llama “mensaje de

21 Este apartado ha sido trabajado a partir de lo desarrollado en la Tesis de Grado *El engranaje del discurso capitalista y sus efectos sobre el lazo social contemporáneo*, del autor, presentada en el 2012 a la Universidad Nacional de Colombia como requisito de grado para la Maestría en Psicoanálisis, subjetividad y cultura.

interdicción". (p. 208) Pero no es sólo un mensaje dirigido al niño en su forma: "No te acostarás con tu madre" (p. 208), sino dirigido a la madre en su forma "No reintegrarás tu producto." (p. 208) Es por la interdicción del padre sobre el deseo de la madre que evita que el niño devenga simplemente deseo de la madre. Pero el deseo del deseo de la madre, al quedar interdicto por el padre, deja en suspenso el deseo del niño. Es de esta manera que el niño queda desalojado, y gracias a lo cual aparece la tercera etapa, en la que él puede devenir otra cosa: identificación con el padre, y el título para tener lo que el padre tiene. Es decir, efecto metonímico a través de la metáfora que permite instalar al padre como nombre. Allí el padre entra en juego como quien lo tiene y por lo tanto puede donarlo, lo cual produce un efecto retroactivo en que el falo vendría a representar el deseo de la madre. Así, este mensaje del padre se instala sobre el mensaje de la madre, frente a ese "NO" aparece un "más tarde tendrás uno".

En ese intento de ser nombrado como deseo de la madre, frente a la imposibilidad que ello plantea (porque aquello hacia lo que se dirige el deseo de la madre no es él), se instala una metáfora, el Nombre-del-Padre, como intento de dar sentido a lo reprimido, a saber, ser el objeto de la madre, es decir, ser Uno con la madre. Pero al mismo tiempo, mientras el nombre del padre como metáfora, elemento condensador, le permite un lugar de identificación al sujeto, cancela su nombre propio, es decir, en lugar de su nombre (ser el deseo de la madre) vendrá el padre como nombre.

Contraria a esta lógica, pareciera que este tercer tiempo no se lleva a cabo hoy, y por lo tanto, en la contemporaneidad la versión del padre es una Padre-versión. Lesourd (2006) acuña este término para referirse a la perversión que encarnaría el deseo de la madre en el discurso capitalista. El sujeto queda expuesto al deseo de la madre por efecto de la forclusión del significante que debería venir a significar su deseo, es decir que sin la entrada del significante del Nombre-del-Padre el sujeto queda en el primer momento del Edipo, al ubicarse como objeto de deseo de la madre. Entonces la madre aparece como provista del atributo fálico. Según Lesourd, la madre es la que aparece en el lazo social contemporáneo como quien detenta el falo, asunto que desemboca en una rivalidad madre-niño, pero que además después se reinscribe como rivalidad entre las instancias escolares y él. Lo que ocurre con el deseo del niño es que nada viene a metaforizar el deseo de la madre, así como este no se articula más con el falo como cuantificador de la diferencia sexual y generacional. Esta maternalización del lazo social sería una perversión (padre-versión) de la madre.

*Los Ojos de Julia*²², da cuenta de la proliferación de este tipo de perversión presente en el vínculo madre-hijo, al menos en su vertiente delirante. Julia es una mujer que padece una enfermedad que pronto la dejará ciega. En la película todo se juega alrededor de un posible psicópata que se encuentra al asecho de Julia. El

²² *Los ojos de Julia*, [Película] dirigida por Guillem Morales, producción Rodar y Rodar/ Televisió de Catalunya, España, 2010. (112 min)

asesino tiene una particularidad: es una especie de hombre invisible, pues pasa desapercibido ante las personas. El psicópata, más que una facultad, tiene un problema: no existe. En una de las últimas escenas de la película, Julia, luego de una operación a la que ha sido sometida y que promete dar fin a su enfermedad, queda al cuidado de un enfermero que deberá encargarse de ella mientras se le retiran los vendajes para que la operación tenga éxito. El cuidador se ha convertido en sus ojos. Este hombre ha resultado ser el hombre invisible, el psicópata que asesinó a su hermana. En la escena final de la película, Julia corre huyendo del asesino, ingresa a una casa en donde vive una anciana ciega, quien tras los gritos de Julia sale en su auxilio. La mujer es la madre del asesino. El hombre se encuentra a punto de capturar a Julia. La anciana, en vez de auxiliarla, la golpea en la cabeza. En ese momento el hijo se da cuenta de que su madre nunca estuvo ciega y la asesina.

Este hombre sólo existía en el lugar de la falta de la madre, él era los ojos de su madre, pero el hecho de ser los ojos de su madre lleva a que no exista, a que sea invisible, pues vive únicamente para ser el objeto mirada de su madre. Este hombre se ha instalado en un lugar imposible y mortífero, y es debido a esta condición que no existe. La anciana de la película no está ciega, por lo tanto no le falta nada. Si a la madre de este hombre no le falta nada, no solo él no existe, sino que además no está en lugar de la falta de la madre; se encuentra identificado con un lugar imposible.

A manera de conclusión

La maternalización del lazo social obliga a preguntarse por aquello que habría ocurrido con la función del significante del Nombre-del-Padre, aquel que el psicoanálisis designa, desde Freud, como responsable de organizar el deseo del sujeto en una lógica fálica, punto en el que algunos analistas sostienen que la maternalización del lazo social sería efecto de la forclusión de la castración. Desde luego, al ser rechazado el significante del Nombre-del-Padre, no solo quedaría excluido el elemento de identificación del sujeto, sino también el falo como atributo encargado de resignificar el deseo de la madre.

¿Cuál es el resultado de esto? Si devolvemos los pasos andados podremos concluir que de lo que se trata es de la dificultad de separación entre la madre y su hijo situado como sustituto fálico. El resultado es una suerte de violencia que retorna sobre las instituciones encargadas de sostener al Divino Niño. Por un lado en la familia, como lugar en donde se organiza el vínculo alienante madre-hijo. Por otro en la escuela, institución encargada de civilizar al *homo-sacer*, campo de concentración en donde el niño puede ser sometido a la

violencia de la educación. *Tenemos que hablar de Kevin*²³ muestra la historia de una mujer que debe cargar con la culpa de la masacre cometida por su hijo en la escuela. De principio a fin el interrogante sobre la razón que llevó a su hijo de 16 años a asesinar a sus compañeros en la escuela no consigue respuesta. Kevin asesina también a su padre y su hermanita; deja viva únicamente a su madre, quien ha rechazado a su hijo desde su nacimiento. Pero lo que en realidad ha rechazado la madre es el deseo de su esposo, quien ha tenido desde siempre el deseo de ser padre. Será este rechazo del deseo del padre lo que llevará a Kevin a establecer desde la infancia esta rivalidad con la madre. Finalmente Kevin comete la masacre con el único objeto que representa su infancia: un arco de tiro al blanco que le había comprado su padre. A través de este acto Kevin deja la cifra de su infancia e inscribe en el ritual del asesinato su paso a la adultez. Si la violencia recae sobre la escuela, como en el caso reciente de Connecticut²⁴, en donde un joven asesina a los niños con las armas que coleccionaba su madre, es justo porque la infancia sagrada y la institución escolar surgen concomitantemente, la una se debe a la otra. Es la respuesta del poder soberano al descubrimiento del niño en la modernidad.

El recorrido hasta aquí realizado, más que dar respuesta a los interrogantes que orientan la presente búsqueda: ¿Por qué razón el niño se pone como centro en la sociedad contemporánea? ¿Cuáles son los efectos de esto en el lazo social?; sitúa apenas unas coordenadas que remiten a nuevas búsquedas e indicios para tratar de organizar un campo estructural que permita comprender fenómenos como la prolongación de la infancia en nuestros días. La historia nos enseña las contingencias que llevaron a la aparición del Divino Niño: por un lado el regreso hacia el pensamiento griego, por otro la moral cristiana en su versión del Niño-inocente-angelical y sagrado. Eventos que culminan con la infantilización del monarca y la emergencia del hombre libre: el Niño. La comprensión de la infancia como experiencia muda nos muestra la relación de la infancia con las experiencias inconscientes, y nos permite ubicar al niño como un significante encargado de generar el tránsito hacia la vida adulta, donde el juego tiene un papel relevante en su relación con el rito, intercambio entre sincronía y diacronía que en su equilibrio generan la historia. Pero hemos observado cómo este sistema binario se ha bloqueado en la contemporaneidad. Es aquí donde se abre otra vía de comprensión, donde el psicoanálisis aporta nuevos elementos: la relación madre-hijo entendida como sustituto del pene a nivel inconsciente en la mujer muestra que el bloqueo del intercambio significativo entre la niñez y la adultez se debe a la ausencia del significante fundamental que sostiene la cultura: el significante del Nombre-del-Padre. Esto es lo que da lugar a lo que se denomina hoy: la maternalización del lazo social. Mientras este bloqueo en la permutación de los significantes inestables y los estables continúe operando,

23 *Tenemos que hablar de Kevin*, [Película] dirigida por Lynne Ramsay, Independent / BBC Films / Artina Films, Reino Unido, 2011 (110 min).

24 Escuela de Newtown Connecticut Estados Unidos en la que un joven de 20 años asesinó a 20 niños y 6 adultos (incluida su madre).

asistimos al desmigajamiento del tiempo en una serie de prácticas que se inscriben en una respuesta perversa: (lo sé pero aun así) ¡Soy Gamer y qué!

Referencias bibliográficas

- Agamben, G.** (2011). El país de los juguetes: reflexiones sobre la historia y el juego. En *Infancia e Historia: destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- Agamben, G.** (2011). Infancia e historia: ensayo sobre la destrucción de la experiencia. En *Infancia e historia: destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- Agamben, G.** (2006). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. España: Pretextos.
- Ariès, P.** (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, España: Taurus.
- Dufour, D.** (2007). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Freud, S.** (2003) Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica entre los sexos. En *Obras completas*, Vol. XIX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S.** (2003). Sobre las transposiciones de la pulsión, en especial del erotismo anal. En *Obras completas*, Vol. XVII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1917)
- Freud, S.** (2003) El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras completas*, Vol XIX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1924)
- Lacan, J.** (1995). *El seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lesourd, S.** (2006). Cómo callar al sujeto. De los discursos a las chácharas liberales. Traducción inédita del original en francés: *Commen taire la sujet? Des discours aux parlottes libérales*. Traducción inédita: Pio Eduardo Sanmiguel A. Universidad Nacional de Colombia, 2010.
- Londoño P. & Londoño, S.** (2012). *Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.
- Mannoni, M.** (1983). *La educación imposible*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Cardona, H. (2014). El Divino Niño: coordenadas para la comprensión de la infancia en la contemporaneidad. *Revista Affectio Societatis*, Vol. 11, N.º 20 (enero-junio 2014), pp. 12-31. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>